

La voz de las comunidades

“Aprendí a ejercer el liderazgo en mi comunidad”

Carlos Murga*



Corina Gómez.

MINERVA VITTI

Corina Gómez, mujer de 57 años de edad, vive en el bloque 29 de la zona central de la parroquia 23 de Enero ubicada en el municipio Libertador del Distrito Capital. Hace cuatro años, por curiosidad, se acercó a la escuela de Fe y Alegría Abraham Reyes para participar en unos talleres. A partir de esto se inició como promotora comunitaria de un proyecto para el fortalecimiento del liderazgo comunitario en su comunidad y hoy en día forma parte del consejo comunal Las Islas. Corina se acercó amablemente al Centro Gumilla para compartir su experiencia como participante de un proceso de formación que duró aproximadamente tres años

—¿Cómo te iniciaste en el trabajo comunitario?

—Me enteré por una vecina que en la escuela estaban haciendo unas mesas de trabajo para abordar la situación de los jóvenes en la comunidad. Allí estaban todos los vecinos reunidos y yo me integré. Siempre tuve la curiosidad de regresar a la escuela porque yo la tengo grabada en la sangre. Y estar nuevamente en ella me llevó a aceptar la invitación de iniciar este trabajo.

De allí surgió un plan estratégico para trabajar con los jóvenes. Ese proyecto era como tener un muñeco de cera. Tú lo vas haciendo a tu imagen y semejanza y a nosotros nos dieron ese poco de cera para trabajar. Hicimos nuestro muñeco con mucho corazón. Aprendí y enseñé a otros. Me empecé a involucrar distinto con las personas.

—¿Cómo se inició el proceso de formación?

—Una vez se tenía el plan estratégico, tuvimos una reunión con los coordinadores del proyecto. Yo en ese momento fui muy osada y les dije: “Empiecen con el tema de desarrollo personal, autoestima y proyecto de vida”. Yo siento que es importante removernos los espaguetis, ubicarnos en el tiempo y el espacio, y conectarnos con nuestro verdadero yo. De repente la gente cree una cosa y en verdad es otra. Yo sentía que había muchas personas con un ego muy elevado, con gas helio. Entonces es importante generar un espacio para reflexionar, para mirarnos adentro y poder hacer sintonía con lo que uno verdaderamente es.

—¿Cómo fue la experiencia de trabajar la dimensión personal?

—Lo bonito de toda esta experiencia fue que el facilitador se integró en el proceso de trabajo. Cada quien ponía sus experiencias. Un día yo lloraba por la muerte de mi mamá y el facilitador compartió conmigo la experiencia de muerte de la suya. En ese compartir crecimos todos. La gente sacó sus sentimientos guardados, sus dolores internos. Allí se ayudó como a despejarlos. Estuvieron muy agradecidos. La gente sintió un espacio donde era escuchada y donde

podía aprender. La gente se apropió del espacio y lo hizo suyo. Por eso decimos que somos la familia de los sábados.

—Luego fueron trabajando temas organizacionales como comunicación, trabajo en equipo, manejo de conflictos... Cuéntame un poco sobre eso...

—Yo conozco a una señora de mi comunidad que estaba acudiendo a los talleres. Ella tenía que soltarse un poco más. Cada vez que se le preguntaba algo se ponía muy nerviosa. Eso por poner un ejemplo. Al empezar a trabajar los talleres, la gente empezó a soltarse. En resolución de conflictos trabajamos los agarrones horribles que había entre los bloques para la conformación del consejo comunal. Y mucho se logró con los talleres. Se inició el manejo de las emociones porque realmente la gente casi que quería irse a los golpes en estas reuniones.

Yo allí quedé como mediadora en el conflicto de la conformación del consejo comunal. Empecé a hablar con uno de los grupos del conflicto y me fui sentando con ellos para ir mediando la situación. Y aunque todavía está el conflicto, yo sigo allí escuchando y acercándome a la gente. Se logró que las personas del bloque 29 y el bloque 30 se hablaran, que se volvieran a socializar las cosas. Ya nos podemos sentar en una mesa sin gritar y sin decir que se van a demandar. Yo voy a la casa de cualquiera de ellas y me abren la puerta. Yo siento que contribuí a eso gracias a las herramientas adquiridas.

—Y en relación a temas vinculados con el trabajo comunitario...

—Nosotros tuvimos una formación especializada en formulación, gestión y gerencia de proyectos comunitarios. Esos talleres fueron de alto nivel. Allí sí era trabajar a fondo todos los temas. Al principio estábamos dándonos cabezazos. “Hay que soltarse un poco y tener apertura”, nos decía la facilitadora. Y fue muy progresivo. Nosotros hacíamos los proyectos y luego ella los revisaba y no los devolvía. Fue un proceso arduo pero muy rico. Había cosas que no se entendían, pero ella las iba traduciendo y haciéndolas más sencillas. Recuerdo claramente la metodología del *árbol de problemas*, los componentes para el proyecto. Fue mucho aprendizaje.

Todos con los papelógrafos, trabajando en el piso. Era como volver a iniciar nuestra formación y además teníamos todo el apoyo tanto de la facilitadora como de los recursos para hacerlo. El que no quiso ir se perdió esa maravillosa oportunidad.

—Ciertamente... ¿Y qué otras herramientas les ayudaron para el trabajo con la comunidad?

—La comunicación asertiva fue clave para acercarnos más a la comunidad y a los vecinos y

poder escuchar lo que la gente nos decía. Se han aplicado las herramientas. Por ejemplo, manejar una asamblea comunitaria, los turnos para hablar, las agendas. Yo aprendí a ejercer el liderazgo en mi comunidad. Hace poco hice un llamado para atender una situación que teníamos en la comunidad y acudieron más de 160 personas a partir del trabajo que hice. La gente ahora me escucha y cree en mí.

—En relación a los facilitadores... ¿Qué valora la gente de ellos?

—El facilitador debe tener un gran compromiso con el trabajo. Asumir que está allí y ajustarse a la comunidad y a los tiempos. Que motive y que inspire al grupo. Que se vea que lo está haciendo porque es auténtico. Que comparta desde sí mismo, sus experiencias, su conocimiento. Dar desde su parte humana. Bajarse de la figura grandota del que viene a impartir conocimiento. No ser facilitador, sino ser parte de lo que se va a facilitar. Enamorar a la gente de lo que se va a trabajar. Hacer las cosas atractivas, participativas, que la gente hable y exponga sus experiencias.

—¿Qué sugerencias y recomendaciones tienes para la implementación de los procesos de formación?

—Mira, lo primero es el tema de la coordinación de los tiempos. La gente en las comunidades tiene muchas cosas que hacer. Entonces una de las cosas es ajustar los tiempos en consenso con el grupo. Yo creo que es fundamental adaptarse a los ritmos de las comunidades, donde siempre suelen pasar muchas cosas.

También es interesante incluir otras actividades como foros y, sobre todo, convivencias porque allí te involucras mucho más con el grupo. Hay un conocimiento ya personal de cada quien. Y eso potencia mucho a la actividad que estamos haciendo. Conocernos más, eso hace mucha falta.

—En tu actividad como promotora... ¿Cómo hacías para animar a tus vecinos a participar en los talleres?

—Yo siempre les explico bien lo que van a ver en el taller. Les voy diciendo lo que van a aprender con ejemplos para su vida personal y para la comunidad. También les explico quien es la persona que va a facilitar y los animo a que lo recibamos en la comunidad y aprovechemos la oportunidad. Es motivarlos desde la información de lo que van a ver y por qué es importante para ellos. Y también desde el trato personalizado, de invitar a cada quien con cariño. Realmente lo que implica *invitar*. Para eso tienes que tener una mente positiva y una actitud de permanente apertura y motivación. Esa es la clave.

*Coordinador del programa de Fortalecimiento para las Comunidades Organizadas (FOCO), del Centro Gumilla.